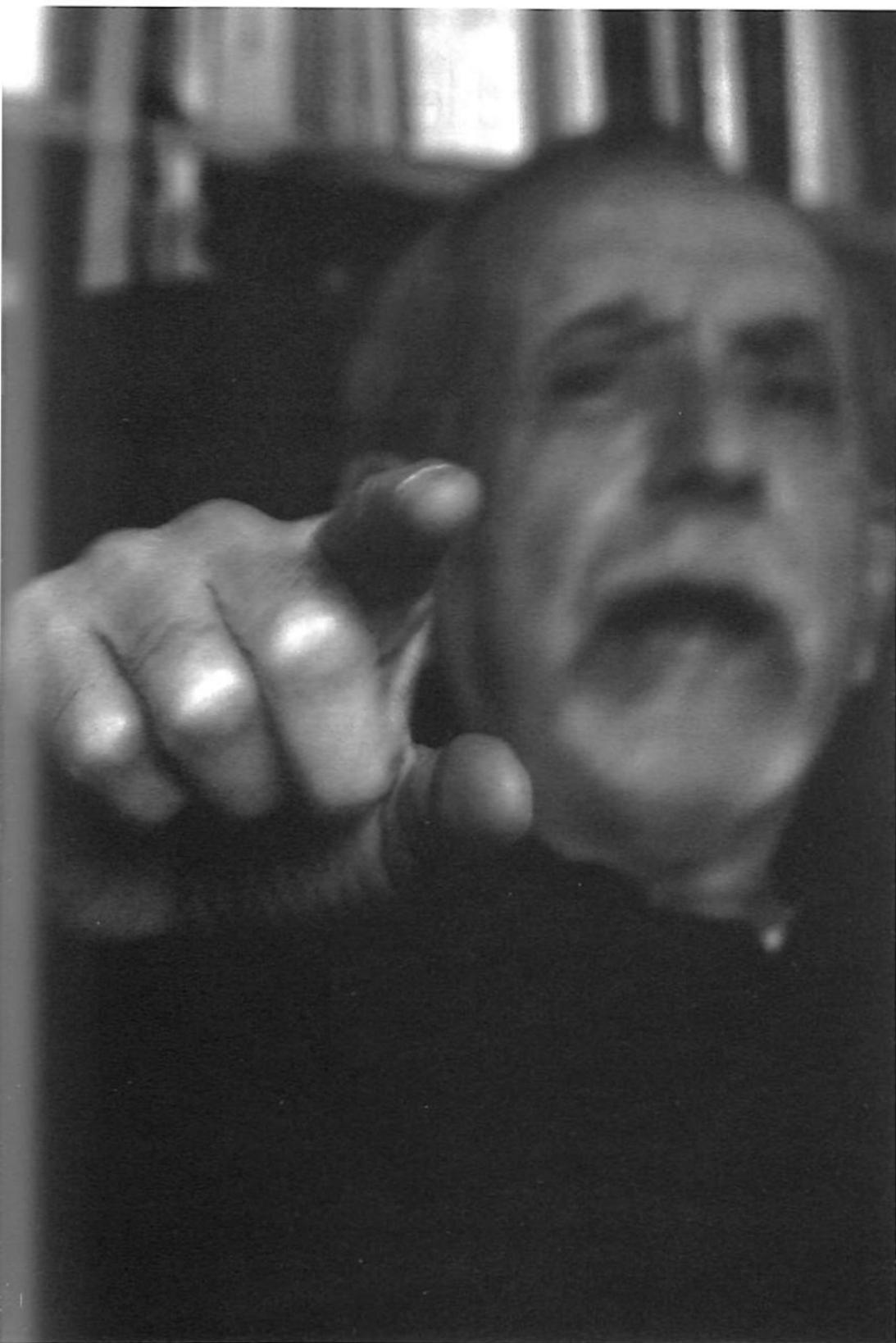


Sección a cargo de Guillermo Fernández



Italia en La Colmena

Guillermo Fernández, poeta y traductor.

Eugenio Montale

HE ESCRITO UN SOLO LIBRO ENTREVISTA DE GIORGIO ZAMPA

GIORGIO ZAMPA. En una carta juvenil dirigida a Solmi mencionas, como lectura familiar, los *Recuerdos* de Marco Aurelio. ¿Este libro influyó en tu formación?

EUGENIO MONTALE. No recuerdo a Marco Aurelio. En la pineda familiar (de un condominio) leí, por ejemplo, la *Nouvelle Héloïse*, el *Dominique*, de Fromentin y otra novela que no recuerdo. En la biblioteca municipal buscaba los libros que estaban en los estantes, al alcance de la mano; por ejemplo, al crítico suizo E. Scherer, y también al importante Lemaitre. También leí a Platón, a Gogol, Tolstoy y a Longhi (*Piero della Francesca*).

GZ. Se ha dicho que *Huesos de sepia* «le debe mucho a la obra de Boutroux». ¿Te parece justificado?

EM. Mi hermana estudiaba filosofía. Algo más que el nombre de Boutroux y de Bergson habrá quedado entre las manos. Yo agregaría a Lacchelier, pero poco. En el pinar leí también a Loisy, *La religión*, uno de sus últimos libros. Génova estaba llena de «modernistas». Hay que ver mi poema sobre el cura Trincherro, a quien luego (no lo creo) suspendieron *a divinis*. El también paseaba en el pinar (pero no conmigo).

GZ. Tus lecturas debieron ser numerosas y variadas, si nos atenemos a los libros que reseñaste entre 1920 y 1925. Aparte de las que te recomendaban o

hacías casualmente, ¿cuáles hiciste por iniciativa propia y cuáles fueron importantes para ti?

EM. Por mi cuenta leí a muchos poetas simbolistas franceses, incluso a los menores. Algo le debo al *Mercur de France*, de Vallette-Rachilde. Menos a la *Nouvelle Revue Française*. Pronto leí poemas de Shelley y de Keats.

GZ. Aparte de esa escuela, ¿cuándo leíste a los griegos y a los latinos?

EM. Siempre he estado lejos de «las escuelas». De la cultura clásica sé tanto como John Kears. Siempre he tenido gramáticas griegas y latinas en mi *chevet*. Con pocos resultados.

GZ. ¿Recibiste una educación religiosa particularmente esmerada?

EM. Estudié con los padres barnabitas. Fui católico observante hasta cierta edad luego semicristiano a mi manera, después... ¿quién lo sabe? Ahora me parece que todas las religiones son buenas (y, a menudo, malas). Aquí, entre nos, me parece que el papa actual también está de acuerdo en esto.

GZ. ¿Conociste pronto la *Biblia*?

EM. Sí, pero poco a poco. Como se lee una novela de aventuras.

GZ. ¿Cuáles eran los pintores de tu juventud? Aparte de Messina, ¿a qué artistas frecuentabas en Génova?

EM. A muy pocos. A los escultores Galletti y Perducca. Fuera de ese ramo, a Bobi (algunos meses); algunos años a Afriano Grande y a Mario Bonzi, al que le debo mucho. Con el paso del tiempo se especializó en arte genovés del siglo XVII; valioso escritor que admiraba Longhi. No sé si vive aún. ¡Y cómo olvidar al tan querido Sbarbaro!

GZ. Con la preparación musical obtenida en el seno familiar, y luego con estudios de canto; con conocimientos del melodrama y de la opereta, que conociste desde niño, ¿cómo es que comenzaste a escribir sobre música relativamente tarde?

EM. Soy un descubrimiento de Missiroli. El periódico quería ahorrarse el sueldo de otro crítico. Lo hice durante doce años. La relectura de *Keesake*... es la mitad de mi vida. Pero Gargiulo decía que ahí faltaba el sentimiento. ¡Nada más figúrate!

GZ. ¿Los aspectos técnicos de la música son importantes para tu poesía?

EM. Probablemente sí. Creo que mi poesía ha sido la más «musical» de mi tiempo (y de muchos años atrás). Mucho más que la de Pascoli y la de Gabriela. Con ello no quiero decir que más y mejor. En D'Annunzio, la música es la de Debussy.

GZ. ¿A quién le mostraste tus primeros poemas?

EM. A Cesare Lodovici, luego a Solmi. Pero a nadie de mi familia. Y también a Bobi, con mucha desconfianza. Viviendo en Génova, conocí a Pound; después, cuando fui a Milán, a los amigos del «Convegno»: Linati, Eugenio Levi, Ferrieri, Pellegrini y otros (es decir, antes de vivir en Florencia).

GZ. ¿No crees que tuviste, desde un punto de vista afectivo, además del material, una adolescencia y una juventud privilegiadas? Vivías en el seno de una familia numerosa y unida, y los tuyos te permitieron, a fin de cuentas, libertad de hacer lo que deseabas.

EM. He sido afortunado. En ciertas familias era habitual que el más pequeño (el *Benjamín*) «no debía hacer nada». Acuérdate de Arturo Loria.

GZ. ¿Cómo recibió tu padre el primer libro de versos? ¿Tu familia sabía de tus relaciones literarias?

EM. Mi padre no quiso comprar la segunda edición de *Huesos de sepia* porque era muy caro (15 liras). E ignoró la primera edición.

GZ. ¿Tuviste amigos de infancia? Cuando ibas a la escuela ¿eras un alumno como todos los demás, o te sentías diferente, con deseos de aislarte?

EM. Todos nos aislábamos. Aún no habían inventado la soledad de las masas (escribí un poema con este título). Era uno de los mejores discípulos. El profesor Mannucci divulgaba que yo hubiera podido escribir en «Domenica del Corriere», pero no más arriba.

GZ. ¿Recuerdas cuando partiste de Génova, para hacer tu servicio militar en Parma? ¿Cómo reaccionaste al vivir en un cuartel?

EM. Hubiera podido dejar que me reformaran, pero me disgustaba que me vieran como a un «emboscado». En Parma hice amistad con Solmi y Ercole Crovella, que luego fue sacerdote y monseñor; no he vuelto a verlo.

GZ. ¿Existen cartas tuyas de esa época, dirigidas a tus familiares? ¿Le escribías a menudo a tu hermana María?

EM. Mi hermana le escribía a sus amigas, hablándoles de mí. Era una especie de Eugénie de Guérin; aún existen esas cartas.

GZ. ¿Tu hermana siguió de cerca tus inicios de poeta? ¿Conocía el manuscrito de *Huesos de sepia*, antes de que lo enviaras a Trieste?

EM. Mi hermana *nunca* vio los poemas antes de la publicación; pero no los desaprobó.

GZ. ¿Cuándo empezaste a leer a Dante? ¿Antes de hacerlo en la escuela?

EM. Sí; y también después. Dante sí llena el tanque (como diría un automovilista); a los demás les ha faltado gasolina.

GZ. El texto de *Huesos de sepia*, que le enviaste a Gobetti ¿era manuscrito o mecanuscrito? ¿Cómo hay que considerar las hojas de cuaderno numeradas, que reproducen casi todo el texto impreso, que conservan algunos de tus amigos? ¿Pasaste en limpio todo el libro? ¿Corregiste las galeras?

EM. No corregí galeras (salió con algunas erratas). Eso significa que, además del manuscrito que le envié a Gobetti, conservó por lo menos una copia manuscrita.

GZ. En «Il Regno» de Turín se publicó la primera reseña de tu libro, totalmente negativa. ¿Cuál es el nombre del reseñista anónimo?

EM. Nunca lo he sabido.

GZ. Con la publicación de ese libro, ya no pudiste evitar el epíteto de «poeta», que siempre has considerado con desconfianza; te convertiste en poeta «a regañadientes». Hoy, en Italia, eres el poeta por antonomasia. ¿Persiste tu desconfianza acerca de tal categoría?

EM. Como categoría, sí; aún persiste. Pero hay excepciones. Ignoro si una de ellas.

GZ. Al llegar a Florencia, para trabajar en la editorial Bemporad, ¿notaste mucha diferencia con el ambiente genovés? ¿Quiénes fueron tus primeros amigos en Florencia? ¿Extrañaste mucho a tu familia y tu ciudad?

EM. En Florencia me sentí a gusto de inmediato, pero sólo en el aspecto material. La separación no era total: regresaba a casa con mucha frecuencia. Mis primeros amigos en Florencia fueron Loria, Carocci, Ferrata, Andreotti y otros. Luego conocí a Piovene, a Ojetti y al muy querido Peyron. En

Florenxia conoció a mi futura mujer. En Florenxia me hice amigo de Mario Praz, gran escritor, en esa época profesor en Manchester, si mal no recuerdo.

GZ. ¿Te ambientaste pronto en esa ciudad? ¿Te pareció congenial?

EM. Tenía pocas relaciones porque me faltaba dinero. La ciudad me pareció más bien provinciana, con poco alumbrado. Luego descubrí que nada tenía de provinciana. Ahora sí lo es.

GZ. ¿Cómo lograste obtener un número tan grande de reservaciones para tu libro, superior al que Gobetti te había solicitado?

EM. Es un misterio; tal vez con la ayuda de mi amigo Nicoli.

GZ. ¿Y cómo te fue con las primeras reseñas? Además de Solmi, ¿quién entendió mejor tu libro?

EM. Fueron reseñas prudentes, incluso la primera de Cecchi. La de Sapegno apareció con pseudónimo; luego vino la de Linati y otros más. Gargiulo escribió una, entonces importante, para la segunda edición. Fue un éxito debido a la estima. El *boom* empezó con *Las ocasiones*.

GZ. ¿Está en lo justo quien afirma que *Huesos de sepia* es la primera parte de un libro que estás escribiendo? ¿Sería posible publicar todos tus poemas en un solo libro con un título general?

EM. Sí; me parece que he escrito un solo libro.

GZ. ¿Cómo ves ahora tus libros de juventud? ¿Has cambiado mucho tu relación con el mundo desde entonces?

EM. Soy un poco menos pesimista (tratándose de mí pero mucho más en lo tocante al mundo). ¿El mundo surgió de una explosión (el *big bang* de uno de mis poemas) o de una intención? Las dos hipótesis son insatisfactorias. No obstante, una vez elaborado el concepto de decencia, lo acepté como una obligación.

GZ. Cincuenta años son muchos y son pocos para la vida de un libro. ¿Qué sientes cuando ves «Montale» en las antologías escolares, junto a «Pascoli» y «Carducci»?

EM. ¡Bah! Puede ser que un buen día me saquen de las antologías. Además, las antologías jamás son justas.



GZ. Según tú, ¿qué es un clásico?

EM. En el arte, un personaje sin el cual un pedazo de mundo quedaría vacío, desocupado. Y puede existir aunque nunca haya existido de verdad, total o parcialmente, como Homero o Shakespeare.

GZ. ¿Qué relación hay entre tus pinturas, tus dibujos y tu poesía?

EM. Es una relación complementaria. Los dibujos prefiguran (respecto de los escritos) mi *sense of humour*. Me refiero a una anticipación no temporal, puesto que, en la práctica, primero dibujo y luego pinto.

GZ. Una última pregunta, extravagante sólo en apariencia. ¿Quién era el subteniente Ercole Crovella de Vercelli, con el cual mantuviste correspondencia durante algún tiempo?

EM. Se convirtió en cura y luego en prelado. No volví a verlo; pero, antes de morir, pidió que me avisaran (lo hicieron cuarenta años después). Habría sido un buen papa, mejor que el papa Juan. Incluso mejor que Benedicto XV, el último buen papa.

«*Il Giornale Nuovo*», 27 de junio de 1975.

EUGENIO MONTALE (GÉNOVA, 1906, MILÁN, 1981). Poeta, ensayista, narrador y crítico musical. Premio Nobel de Literatura 1975 y senador vitalicio (sin necesidad alguna de pertenecer a ningún partido político). LC